

## CAPÍTULO 5

# Imperialismo (1875-1914): ¿necesidad económica o ambición geopolítica?

*Laura Monacci*

### Introducción

Durante el último cuarto del siglo XIX a partir de la consolidación de las condiciones que permitieron la interconexión entre sectores del globo anteriormente impensados, el mundo presenció una de las transformaciones más extraordinarias de la historia. Este fenómeno se dio en el marco de lo que diversos autores denominan *era del imperio* (Hobsbawm, 2003), *era del imperialismo* (Béjar, 2011), un periodo cuyos cambios atravesaron no sólo a aquellos países que se alzaron como puntas de lanza de la expansión y el *progreso*, sino a todo el resto del mundo alcanzado por su impacto. Pero ¿de qué hablamos cuando hablamos de *imperialismo*?

La época que transcurre entre 1873 y 1914 se caracterizó por ser, como sostiene Eric Hobsbawm, una época de contradicciones, en que el liberalismo avanzaba hacia su *extraña muerte* a medida que alcanzaba su punto de mayor éxito. Un periodo en que aparecieron movimientos de masas producto del desarrollo del capitalismo, pero que exigían su derrocamiento a medida que el sistema perpetuaba las diferencias de clase; un periodo en que se amplió la participación ciudadana aunque socavando las bases de la política liberal que lo había hecho posible. Una época en que se vivió un periodo de paz sin precedentes en el mundo occidental, pero que generó las condiciones que provocaron el estallido de la guerra más cruenta que hubiera conocido la humanidad hasta entonces. Y sin embargo “lo que da a este periodo su tono y sabor particulares es el hecho de que los cataclismos que habían de producirse eran esperados, y al mismo tiempo resultaban incomprensidos y no creídos” (Hobsbawm, 2003, p. 18).

A grandes rasgos, el eje de nuestra atención en torno al fenómeno del imperialismo –que desarrollaremos en este capítulo– está puesto en observar de qué manera un puñado de potencias económicas se lanzaron a la disputa y conquista de grandes zonas del mundo entero con el objetivo de obtener nuevos mercados para ubicar sus manufacturas, obtener materias primas *exóticas* para nutrir a las fábricas de las metrópolis y generar a gran escala –para un mercado en crecimiento– los productos requeridos por los nuevos hábitos de consumo. Este avance estuvo ligado, además, a la necesidad de estos países de granjearse un lugar como *potencias* frente a sus rivales en la carrera por el mundo.

Uno de los aspectos centrales a tener en cuenta, es que este avance se dio habitualmente mediante la instalación de colonias, esto es, mediante la administración directa de los territorios conquistados, que vieron trastocada su entera existencia como consecuencia de las transformaciones impuestas por los colonizadores.

A modo de ejemplo tomemos el caso de África, cuya división y ocupación se dio mayormente en el periodo analizado (a diferencia de otros territorios a los que Europa ya había accedido y administraba, como la India en el caso inglés, o la presión comercial sobre China, que precede a nuestro periodo). Según Henri Wesseling (2010, p. 23), se inició hacia 1880:

Un proceso en el que los europeos se repartieron el continente a velocidad de vértigo. Veinte años más tarde, la partición estaba casi concluida. El resto eran flecos. Casi toda África, unos treinta millones de kilómetros cuadrados, había sido sometida a dominio europeo. Como promedio, cada año se añadía un territorio de un millón de kilómetros cuadrados (de dos a tres veces la superficie de Francia) a las posesiones europeas. Al finalizar el siglo, los europeos dominaban casi todo el continente, un territorio tan extenso como unas diez veces la India.

Excepto por Etiopía y Liberia el continente africano fue ocupado prácticamente en toda su totalidad por Francia, el Reino Unido, Alemania, y en menor medida Italia, Bélgica, España y Portugal (los territorios administrados por parte de estas dos últimas precedían al periodo estudiado). Por otro lado, amplias zonas del sudeste asiático también fueron ocupadas por Francia, el Reino Unido, los Países Bajos, Alemania, Estados Unidos y Japón. Analizar las causas y las características de dicha expansión, transformación e impacto es el objetivo del presente capítulo.

## Antecedentes

Tal como vimos en capítulos anteriores, a lo largo de los siglos XVIII y XIX, el mundo se vio inmerso en una sucesión de cambios que adquirieron con el tiempo un curso vertiginoso, afectando a la totalidad de la humanidad. Estos cambios estuvieron signados por el avance y consolidación del capitalismo que trastocó las relaciones de producción y por ende las formas de vida existentes hasta entonces. Este proceso afectó principalmente a los sectores con menos recursos que se vieron expulsados de sus tierras, desprovistos de los medios básicos de producción, siendo obligados a trasladarse en masa a los nuevos centros industriales de las ciudades en crecimiento.

El éxito de la revolución industrial provocó que hombres y mujeres que durante siglos habían podido sobrevivir gracias a lo producido en sus parcelas de tierra, o mediante el uso de tierras comunales, se vieran obligados a partir a las ciudades –expulsados por las nuevas formas de propiedad y aprovechamiento del campo– para emplearse como mano de obra, cada vez más necesaria en las nuevas fábricas. Industrias como la del algodón, que prendieron la *mecha* que

hizo estallar la revolución industrial dando comienzo a la mundialización del capitalismo (Hobsbawm, 1998), se nutrieron de estos hombres y mujeres que a partir de entonces necesitarían de un salario para sobrevivir.

Hacia el último cuarto del siglo XIX este proceso que permitió la consolidación del capitalismo, logró alcanzar a los más recónditos –y hasta entonces inaccesibles– rincones del planeta sumiendo a los seres humanos en una nueva forma de experiencia vital, forzándolos a formar parte de la nueva dinámica mundial protagonizada por un puñado de potencias europeas que se lanzaban a conquistar los mares y ocupar nuevas tierras compitiendo entre sí por nuevos mercados y por el acceso a las nuevas y exóticas materias primas. En ese sentido, este periodo también se caracterizó por la mundialización de mercancías, generando una dependencia y una fluidez comercial de productos prácticamente desconocidos por el grueso de la población de las metrópolis (como el café, el azúcar, el chocolate, el té, el algodón, etc.). El incremento de su consumo en la vida cotidiana llevó con el tiempo a naturalizar el acceso a dichos bienes, sin la necesidad de saber acerca de su procedencia ni del proceso de producción y mercantilización detrás de cada producto e invisibilizando a las fuerzas productivas que hacían posible su existencia. Incluso en la actualidad, la mayoría de la gente no se cuestiona de dónde proviene y cómo se producen los objetos que hacen a la vida cotidiana –desde el alimento, hasta los cables de los electrodomésticos o la batería del celular– dando por sentado que serán fácilmente reemplazables o accesibles. Esa naturalización de lo *exótico*, el hecho de separar a los hombres y mujeres del medio que los rodea y de las prácticas productivas que crean los objetos que lo componen, cobró mayores dimensiones en la era del imperialismo al distanciar a la población cada vez más de la producción de sus propios elementos de consumo, tanto en su hacer como geográficamente.

A la hora de intentar comprender este particular periodo que transcurre aproximadamente entre 1875 y 1914 con el estallido de la Primera Guerra Mundial, nos interpelan una serie de dilemas a los que buscaremos dar respuesta: ¿a qué respondió la furiosa carrera a que se lanzaron las principales potencias europeas (y, en menor medida, Estados Unidos y Japón) para ocupar y controlar los rincones más remotos del planeta? ¿Fueron las nuevas necesidades o ambiciones económicas las que impulsaron la búsqueda de nuevos mercados y materias primas ante la creciente competencia? ¿O se debió a un reciente reposicionamiento entre el concierto de Estados-nación europeos que, para obtener un mayor estatus y sobresalir entre sus pares, encontró mediante la vía imperial un nuevo modo de conseguirlo?

## Debates teóricos

Varias posturas surgieron para intentar comprender este fenómeno. A grandes rasgos, podemos observar dos grupos de análisis: los heterodoxos y los ortodoxos. Las miradas heterodoxas no pueden desprender su lectura del imperialismo de los factores económicos. Herederas de la tradición leninista, observan a este fenómeno como una consecuencia propia de las

transformaciones del capitalismo tras la primera gran crisis de superproducción del sistema, que tuvo lugar hacia comienzos de la década de 1870. En cambio, los analistas ortodoxos, ven el imperialismo como el producto de las nuevas decisiones políticas de los Estados-nación rivales. Bajo esta lectura el peso del análisis recae en el rol de los Estados y sus decisiones políticas, tanto fronteras adentro como en su agenda exterior, vinculándolas sólo de manera secundaria con –o directamente ignorando– el escenario económico y las fluctuaciones propias del capitalismo. Esta mirada no carece de toda lógica, al fin de cuentas, “en el siglo XIX, el núcleo fundamental del capitalismo lo constituían cada vez más las ‘economías nacionales’ ” (Hobsbawm, 2003, p. 48), y éstas existían porque existían los Estados-nacionales. En el caso de Alemania e Italia, por ejemplo, tras el proceso de unificación que los constituyó como tales, la necesidad de presentarse frente al resto de las potencias como una más en el concierto europeo, no radicaba solamente en la urgencia por destacarse económicamente, sino también de cobrar simbólicamente un nuevo estatus como potencia. Pero el mundo desarrollado no era tan solo una sumatoria de *economías nacionales*. La industrialización y el ingreso de nuevas potencias a la escena económica, sumadas a la depresión de comienzos de la década de 1870, hicieron de ellas un grupo de economías *rivales*, donde el avance de los beneficios obtenidos por unas parecían amenazar la posición y el status de las otras (Hobsbawm, 2003). Y lo particular en esta nueva carrera era que no sólo competían ya las empresas privadas, sino que los propios Estados nacionales participaban de la disputa. Dicha preminencia estatal es precisamente sobre la que ponen el foco las miradas ortodoxas.

Sin embargo, más allá de la pertinencia de muchas de estas lecturas, consideramos que no es posible desconocer la centralidad que el aspecto económico tiene al intentar explicar las causas de la simultaneidad de varias potencias nacionales lanzándose al mismo tiempo a conquistar territorios a velocidad y dimensiones nunca antes vistos, ya que, retomando a Hobsbawm (2003, p. 50):

Es imposible separar la política y la economía en una sociedad capitalista, como lo es separar la religión y la sociedad en una comunidad islámica. La pretensión de explicar “el nuevo imperialismo” desde una óptica no económica es tan poco realista como el intento de explicar la aparición de partidos obreros sin tener en cuenta para nada los factores económicos.

Partiendo de estas ideas, entonces, es que explicamos al imperialismo a partir de las transformaciones del capitalismo en el último cuarto de siglo XIX como una consecuencia de la crisis tardía del liberalismo económico que caracterizó la primera mitad del siglo. Dicha crisis no consistió en una reducción o en dificultades en el ámbito de la producción, más bien al contrario. Estuvo caracterizada por una caída brusca de los precios, especialmente en el sector agrícola, produciendo una crisis de rentabilidad. El mercado era incapaz de crecer con la rapidez con que lo hacía la producción, incrementada extraordinariamente por la nueva tecnología y por el surgimiento de nuevos competidores y de nuevas economías industriales. Este fenómeno se daba además en un contexto en que el mercado de bienes de consumo no lograba desarrollarse con la celeridad que la producción industrial requería (Hobsbawm, 2003).

¿De qué manera, entonces, podía revertirse esta situación de merma de beneficios? Las salidas fueron varias y diversas. Por un lado, se establecieron hacia fines de la década de 1870 tarifas proteccionistas en varios países, como Alemania e Italia, especialmente para los artículos de consumo. La única potencia que mantuvo el comercio libre de restricciones fue el Reino Unido (Hobsbawm, 2003). Los motivos respondían a su condición de mayor exportador de productos industriales, de capital y de servicios, además de ser el mayor receptor de exportaciones de productos primarios del mundo.

Otras soluciones se encontraron a partir de la progresiva concentración de capitales, tendiente a eliminar a los competidores menores dando lugar al surgimiento de monopolios en diferentes áreas de la producción (Béjar, 2011).

Además, se modificó el espacio laboral con el objetivo de lograr una productividad creciente a partir del control de la clase obrera. El taylorismo, como una nueva gestión científica del trabajo, transformó la vida en la fábrica, reorganizando los tiempos de la producción y del descanso, fragmentando el proceso productivo en tareas más rutinarias y sencillas que no requerían ya de obreros calificados para su realización. Esto permitió una reducción de los salarios, un mayor control para un mayor aprovechamiento del tiempo, tendientes a obtener mayores beneficios productivos a un menor costo.

Pero la novedosa salida a la crisis que más nos interesa -a los fines de este capítulo-, está relacionada con la búsqueda de nuevos mercados en donde ubicar la creciente producción y la obtención de nuevas materias primas para alimentar a las industrias en crecimiento. Esto dio lugar al avance imperialista del mundo “desarrollado” mediante la conquista a través de la anexión formal de territorios y el sometimiento de sus poblaciones, como hacíamos referencia con anterioridad.

De esta manera, las principales potencias europeas se lanzaron al mundo ocupando, mediante colonias, protectorados, posesiones, o zonas de influencia (Wesseling, 2010) prácticamente la totalidad de África y del sudeste asiático, a expensas de otros imperios coloniales europeos en decadencia –como eran el español y el portugués– logrando además controlar los mercados y el comercio chino (aunque en este caso no lo lograron hacer mediante el establecimiento de colonias) y desmembrando hasta su desaparición a éste, y a otros antiguos y prolíficos imperios, tales como el Otomano y el Persa.

Pero ¿cómo se explica la velocidad con que, al cabo de un cuarto de siglo, el mundo se vio envuelto en semejantes cambios, a punto tal de que no fuera posible una vuelta atrás? Según Beckert (2017, p. 14) esta absoluta y veloz transformación del mundo está directamente relacionada con el:

Surgimiento de nuevas formas de organizar la producción, el comercio y el consumo. La esclavitud, la expropiación de los pueblos indígenas, la expansión imperial, el comercio protegido por escoltas armados y el hecho de que los empresarios se declararan soberanos de gentes y territorios han sido todos ellos elementos centrales de esa transformación.

La manera en que ha sido llevado a cabo este vertiginoso proceso lleva al autor a denominar este sistema como *capitalismo de guerra* dado que dicha fórmula explica mejor y sin eufemismos las condiciones de violencia y crueldad de la conquista del mundo por parte de Occidente que otras tales como *capitalismo comercial* o *capitalismo mercantil* (Beckert, 2017). Las formas que cobró la conquista y los argumentos sobre los que se fundó la opresión sobre los pueblos conquistados son los aspectos que analizaremos en los próximos apartados.

## División desigual del mundo

Durante la *era del imperio* se llevó a cabo una transformación que signó no sólo este periodo sino todo el siglo XX y cuyos efectos aún podemos percibir, y que consistió en la división del mundo en dos polos distintos, heterogéneos y opuestos que tendieron a separar al mundo en dos bloques. La nueva mundialización de la producción, de los seres humanos que, como nunca antes, se trasladaron en grandes masas por el planeta gracias a los nuevos y diversos medios de comunicación –como el ferrocarril, los avances en la navegación y, gradualmente, el automóvil–, el contacto con nuevos pueblos y culturas, no estuvo signado por la integración de las partes, sino por la explotación de unas por las otras y que en muchos casos encontraron aliados entre los grupos explotados, lo que facilitó el sometimiento.

De esta manera, se extendió una lógica binaria que dividía al mundo entre potencias desarrolladas e industriales contra pueblos / países / territorios subdesarrollados y proveedores de materias primas; un pretendido Occidente culto y civilizado que se diferenciaba de un supuesto oriente bárbaro y atrasado; población blanca versus población *de color*; etc. Este tipo de divisiones dieron lugar al avance de quienes, debido a su pretendida superioridad, consideraban que tenían mayores derechos por sobre otros pueblos para llegar a sus tierras, ocuparlas, transformar todo con o sin consenso, administrar el territorio y a quienes se encontraban en él, saquear recursos, explotar y eliminar a la población local. Esto fue llevado a cabo sin ningún tipo de límites ni impunidad mediante el uso de las armas –cuya producción se había perfeccionado y multiplicado para el periodo que estamos analizando– y fue legitimado mediante argumentos pseudo-científicos, que consideraban a las poblaciones nativas de los territorios conquistados inferiores racialmente, atrasadas culturalmente e incapaces de adaptarse (como sí lo hacía el hombre blanco) a las nuevas condiciones de vida.

La *raza* fue, entonces, una de las categorías utilizadas para dividir a la humanidad en dos grupos: quienes desarrollaban y gozaban del progreso y el triunfo tecnológico, y las poblaciones colonizadas, expuestas en las exposiciones universales de principios de siglo XX como *exóticos*, inferiores por su atraso y por el desconocimiento del mundo moderno. Según Enzo Traverso (2002, p. 58):

El darwinismo social, la antropología médica, el eugenismo y la biología racial, son indisociables del proceso de colonización de Asia y África (...) El racismo

biológico y el colonialismo conocieron un desarrollo paralelo en el que ambos discursos complementarios tenían puntos en común: la “misión civilizadora” de Europa y la “extinción” de las “razas inferiores”; es decir, la conquista a través del exterminio.

Esto era posible debido a que se percibía al mundo extra europeo como un espacio colonizable por los grupos biológicamente superiores. Los nativos de esos lugares no eran *descartables* por ser solamente inferiores, sino porque eran incapaces de administrar un territorio con grandes posibilidades de una manera útil y productiva. De esta manera, la idea de progreso guiaba tanto el accionar como la de raza.

Para analizar el contacto entre diferentes culturas, trabajos como los del historiador Peter Burke resultan esclarecedores al brindarnos otro ángulo de lectura basado en el poder de la construcción de la mirada sobre un *Otro* cultural, *l'Autre*, con mayúscula, como lo denominaron los teóricos franceses, pioneros en su estudio. En su trabajo sobre los estereotipos de los otros, el autor nos habla de una síntesis que se hace del *Otro* a partir del vínculo entre imagen mental e imagen visual que da lugar a la creación de estereotipos como producto del desconocimiento, conducentes a anular la diversidad. El encuentro de un grupo de personas con otra cultura genera, según este autor, dos reacciones contrapuestas. Una de ellas tendiente a negar la distancia cultural a partir de la asimilación y la analogía con la propia cultura interpretando al *Otro* como un reflejo del yo, por lo tanto, domesticando lo *exótico* desde lo familiar y conocido. La otra reacción, por el contrario, consiste en la *invención* de la otra cultura como opuesta a la propia. Lo que nos devuelve esa imagen, sería la imagen invertida, negativa, la contracara del yo ante la idea de lo desconocido (Burke, 2005).

Desde una u otra reacción, el contacto entre culturas durante la era del imperio estaba teñido, entonces, de *a priori*s en que toda una serie de significantes definía a los nativos a partir de una lectura rígida, encasillada, que iba de la mano de las teorías pseudo científicas de la época, exagerando elementos de la realidad, omitiendo otros, sin la posibilidad de integrar matices, y aplicando el mismo modelo del *Otro* a situaciones y culturas muy disímiles entre sí. En este sentido se tendía a asimilar grupos que no tenían nada en común más que el solo hecho de ser nativos de las tierras colonizadas, mediante rasgos culturales exóticos, incomprensibles (y temidos), como el canibalismo, que se atribuía indistintamente a pueblos que vivían en las antípodas del globo, e interpretando dicha práctica como algo regular desvinculado de la especificidad ritual o religiosa en que habitualmente se enmarcaba (Burke, 2005).

Sin embargo la imagen, la idea, que se construye sobre el *Otro* no nos brinda solamente una imagen solapada y distorsionada de aquellxs a quienes se intenta describir. Según Burke, mediante las proyecciones de temor y odio –expresados de manera consciente o inconsciente– los estereotipos creados nos permiten acercarnos de manera especular a la imagen que de sí mismo tiene el espectador:

Los estereotipos más crueles se basan en la simple presunción de que “nosotros” somos humanos o civilizados, mientras que “ellos” apenas se diferencian

de animales tales como el perro o el cerdo, con los que a menudo se les compara, no sólo en las lenguas europeas, sino también en árabe y en chino. De ese modo los otros se convierten en “el Otro”. Se convierten en seres exóticos, distantes de uno mismo. Incluso pueden ser convertidos en monstruos (Burke, 2005, p. 159).

Este tipo de lecturas se encuentra en consonancia con el trabajo de Edward Said, que en su obra *Orientalismo* (1978) plantea que existe una dinámica en la forma en que Occidente aborda su relación con Oriente, que consiste en que Occidente, por medio de las creencias e instituciones mediante las que organizan la conquista, ha logrado dominar e imponer una visión sobre Oriente, creada a partir de la experiencia europea. Esto permitiría reestructurar e imponer una figura de autoridad sobre la región y sus poblaciones. Esta figura de autoridad sería precisamente la que describe la lógica en que Europa piensa a Oriente, o sea desde la imposición y no desde la comprensión de los distintos territorios y sus componentes (Said, 1978). En este caso, la visión del *Otro*, al estar determinada por prejuicios y estereotipos, complejiza la interpretación acerca de la visión del yo que implican esas imágenes. Pero el ejercicio de interpretación es necesario, ya que “lo que las personas consideran en un determinado momento y en un determinado lugar *infrahumano* nos dice muchas cosas acerca del modo en que ven la condición humana” (Burke, 2005, p. 175).

Este tipo de lecturas explican la construcción de imaginarios y prejuicios eurocéntricos que se han arraigado persistentemente y reproducido con el tiempo mediante imágenes falsas y romantizadas que han servido para justificar la explotación y las matanzas. Esta es una percepción que excede la justificación de la conquista y que ha logrado imponerse, además, a través de otros medios. Un claro ejemplo de los idearios que sobreviven lo encontramos en los mapas que seguimos utilizando en la actualidad, que ubican a Europa en el centro del mundo.

## El *Otro* en casa

El efecto demográfico que tuvo la colonización de Asia y África sólo pudo percibirse a largo plazo, pero fue de unas dimensiones tales que, con razón, estas muertes pueden ser consideradas como parte de un genocidio. Las víctimas no fueron eliminadas sólo por el uso de las armas, sino como producto del hambre, de la explotación física mediante violaciones o trabajo forzado, de enfermedades desconocidas hasta entonces (viruela, rubeola, malaria, enfermedades venéreas) que se convirtieron rápidamente en epidemias, confirmando a los observadores occidentales en sus prejuicios basados en las teorías de la selección. Se estima que el total de víctimas mortales para la segunda mitad del siglo XIX ronda entre los 50 y los 60 millones de personas (Traverso, 2002).

Pero las lecturas del *Otro* en claves de *raza* y *progreso* no fueron orientadas solamente hacia las fronteras exteriores de las principales potencias occidentales. Las ideas científicas que compusieron el marco ideológico al que hacíamos referencia, se encontraban en auge en todo

el mundo *avanzado* occidental, racionalista y positivista. En los países capitalistas la población se dividía entre las activas, inteligentes e iluminadas clases medias y altas y el resto de las *masas* que, por sus deficiencias genéticas estaban condenadas a pertenecer a un estrato social inferior. En este caso también se recurría a la biología para explicar (y justificar) la desigualdad, especialmente por parte de quienes se consideraban social, cultural, económica y moralmente superiores (Hobsbawm, 2003), lo que, en términos materialistas, Luckas interpretó como “una defensa pseudobiológica de los privilegios de clase” (Traverso, 2002, p. 65).

En Estados Unidos, las teorías de selección natural de las razas, el eugenismo y el darwinismo social que habían ido de la mano de las conquistas coloniales europeas, también lo hicieron para justificar el genocidio de los indios norteamericanos en pos del crecimiento de dicho país como gran potencia de cara al escenario internacional (Traverso, 2002). De esta forma, el avance hacia las tierras del oeste fue llevado a cabo mediante la casi total eliminación de los pueblos nativos para dar lugar a una colonización puertas adentro. Lo mismo ocurrió durante la formación del Estado argentino que, mediante la (mal) llamada *conquista del desierto* expulsó, exterminó o confinó a los márgenes del territorio en que se desarrollaba ‘la Argentina’, a las diversas poblaciones originarias –que muchas veces ofrecieron fuerte resistencia– saqueando sus tierras, trastocando sus costumbres, separando a las familias, destruyendo sus antiguas formas de sociabilidad y de relación con el medio ambiente, con el objetivo de dar lugar a la nación que, en términos modernos, consistía en la homogeneización cultural del territorio bajo las nuevas pautas estatales que pretendían llevar la *civilización* a los pueblos considerados *barbáricos*, como sostenía Sarmiento en su *Facundo* (Sarmiento, 1845). Esas tierras requerían, además, un mayor control central, una mayor explotación de los recursos en términos capitalistas –para responder a la creciente demanda internacional de productos ganaderos que requería de una reorganización del espacio–, y la formación de ciudadanos y ciudadanas que aceptaran el nuevo ordenamiento en nombre de la nación. Quienes no aceptaran las nuevas condiciones serían llanamente exterminados por oponerse a *la civilización y al progreso*, o por atentar –en el caso de Argentina– contra la *paz y administración*. El naciente Estado argentino siguió los pasos de sus pares europeos en cuanto a su relación con el *Otro*, ocupando sus tierras, disgregando o intentando eliminar a sus comunidades (como en el caso de los selk’nam fueguinos), o utilizando a los indígenas como mano de obra servil, deportándolos a la Marina, al Ejército, a la producción vitivinícola de Cuyo, a la zafra azucarera en el Noroeste o al servicio doméstico, especialmente a niños y mujeres (Adamovsky, 2020). En los nuevos *territorios nacionales conquistados*, a la población nativa se les negó derechos de ciudadanía, impidiéndoles votar y participar de la vida política por considerarlos (nuevamente) faltos de capacidad intelectual (Adamovsky, 2020).

Este ejemplo nos devuelve una vez más a los argumentos con que comenzamos este capítulo, que nos permiten pensar a la *era del imperio* como un fenómeno que no fue exclusivamente europeo, que no estuvo relacionado exclusivamente con las decisiones de los gobiernos que decidieron emprenderse en la aventura imperialista, sino que nos invita a observar las formas en que el capitalismo fue encontrando las vías para llegar hasta los últimos confines del mundo,

tanto si su llegada era proveniente del exterior o si era llevado hacia el interior de las fronteras de un país *avanzado* con el objetivo de dar forma al Estado basado en la creación y extensión de la nación, en base a las ideas de orden, progreso, civilización y raza, que funcionaron como eje y motores de la conquista.

## Legado cultural

Sería un error pensar que los estereotipos surgidos al calor de la era del imperio y las teorías biologicistas que caracterizaron al siglo XIX desaparecieron con la llegada del nuevo siglo. Las imágenes y fantasías en torno a los pueblos considerados exóticos no quedaron confinadas a las paredes de la sala de pintores orientalistas del Museo de Orsay, que recreaban en sus obras las *maravillas* y *curiosidades* del mundo exótico. Estos idearios siguieron reproduciéndose a lo largo del siglo XX por medio de otro tipo de artes, incluso más masivas, como el cine, en que los prejuicios se acentúan y cimentan, logrando un reduccionismo del *Otro* mediante una sola imagen con que se logra construir toda una realidad de significantes carentes por completo de todo tipo de análisis y matices. En su obra *Reel Bad Arabs*, Jack Shaheen (2003) destaca la importancia del cine como medio educativo y observa cómo, mediante esta poderosa arma, Hollywood ha construido, desde fines del siglo XIX hasta la actualidad, una imagen falsa del mundo árabe tendiente a generar animosidad, burla y/o temor sobre un pueblo entero (Shaheen, 2003). El cine ha logrado así educar a todo Occidente sobre el resto del mundo, desde una mirada que, lejos de ser integradora, supone que el *Otro*, por sus características y por sus diferencias, representa una amenaza, un peligro en sí mismo.

## Qué hacer con las colonias

El impacto cultural no es un tema que atañe solamente a los historiadores y científicos sociales. Ya en su época, los debates en torno a las prácticas colonialistas ligadas al imperialismo se dieron fervientemente incluso entre los principales detractores del capitalismo. En 1907 se llevó a cabo en Stuttgart un congreso socialista en donde se expusieron las distintas posturas con argumentos de lo más disímiles para aceptar o condenar el imperialismo. Las posturas aceptando la colonización (que eran la gran mayoría) argumentaban que Europa necesitaba de las colonias para no quedar al margen del progreso económico como, por ejemplo, lo estaba China. Estaba presente la idea de la necesidad de la explotación del planeta en beneficio de la humanidad. Sin embargo, algunas posturas a favor de la colonización, reprobaban la forma en que ésta era llevada a cabo en el marco del capitalismo actual, pero que realizada en términos socialistas, a partir del control de las fuerzas productivas, disminuyendo la explotación, aumentando el grado de civilización de los nativos (una vez más aparecen los argumentos civilizatorios) sí podría ayudar al progreso de la

humanidad. Algunos, incluso, acercándose a las lecturas ortodoxas que mencionamos más arriba, consideraban al colonialismo no como un fenómeno capitalista, sino como un fenómeno histórico más amplio. Argumentaban que suprimir el colonialismo implicaría un perjuicio para la industria y para la superpoblación europea, que no tendría lugar a donde ir. El argumento de devolver las colonias a los nativos se consideraba inviable porque la barbarie primaría sobre los sentimientos humanitarios. Este tipo de lecturas, además de estar basadas en la superioridad racial, descansaban en la idea de que era necesario que las colonias atravesaran la etapa capitalista para poder llegar al socialismo. Este recorrido era impensable –consideraban– si se partía desde la barbarie cultural y económica en que se encontraban los pueblos nativos.

Otras posturas, en minoría, al interpretar el colonialismo como parte del capitalismo no veían en este proceso una solución a las desigualdades (ya que producía mayor explotación) ni al progreso de la civilización. Consideraban que la política colonial contemporánea no podía ser mejorada y que implicaba una desgracia para los nativos. Discutían la idea predominante entre los partidos obreros-socialdemócratas de la época de que los pueblos deben llegar necesariamente a la etapa capitalista para avanzar hacia el socialismo. Pero quizás el argumento más disruptivo es que los socialistas representantes de la minoría, consideraban a otras civilizaciones tan superiores, o más, que la europea. Más allá de que argumentaban también en términos de mayor o menor civilización, en esta postura se observaba la otredad como algo posible y digno de ser respetado. Sostenían que nada tendría que hacer Occidente frente a culturas milenarias como las de China o India.

Por fuera de los debates de la época, todos estos pueblos y sus riquezas culturales e históricas parecían insignificantes a ojos de quienes llegaban a sus tierras. Todos ellos, indistintamente, se encontraban a merced de los barcos llegados del extranjero cuyos hombres descargaban armas e ideas frente a las cuales se hallaban expuestos ante la inevitable e inminente transformación de la totalidad de su universo.

Hubo, sin embargo, algunos militares y funcionarios sensibles a las contradicciones humanitarias que les generaba tener que lidiar entre su deber militar durante la ocupación y las formas en que era llevada a cabo. James Bruce, octavo conde de Elgin y Kincardine, encarnó un claro ejemplo de esta tensión durante su misión en China cuando con consternación expresó:

Allí estábamos nosotros, ¡acumulando los medios de destrucción ante los propios ojos y al lado de una población de cerca de un millón de habitantes, contra los que estos medios de destrucción iban a ser empleados! (Newsinger, 2002, p. 83).

Dichos cuestionamientos éticos no le impidieron a este funcionario ordenar y liderar la destrucción del Palacio de Invierno y ocupar Pekín, una de las ciudades claves para el creciente y millonario comercio del opio.

## Balance final

Este capítulo intentó dar cuenta de algunos aspectos de la *era del imperialismo* entendiéndolo como un periodo específico, propio del modo de producción capitalista, que permitió mediante los nuevos medios de comunicación, la tecnología, y el conocimiento del globo, el acceso de un puñado de potencias europeas a los últimos confines del planeta, con el objetivo de obtener nuevos mercados, realizar un mayor uso de los recursos ambientales, utilizar a la población nativa como mano de obra barata (cuando no esclava) y adquirir un mayor estatus frente a sus pares (que no podían ser consideradas como potencias si no tenían colonias bajo su bandera). Este proceso no solamente se dio a nivel global, o sea *puertas afuera* sino que en muchos casos sirvió *puertas adentro* para dar lugar a los procesos de consolidación de los Estados nacionales modernos.

La colonización de los espacios fue llevada a cabo mediante el uso de las armas, saqueando, oprimiendo, explotando a las poblaciones. En algunos casos negociando con algunos de ellos que a su vez explotaron o denunciaron a sus pares que se negaban a las transformaciones introducidas desde afuera. El universo entero de las poblaciones colonizadas fue afectado. Este proceso no tuvo vuelta atrás. Sus prácticas religiosas, culturales, la explotación de sus recursos, su tiempo, etc. se vieron alteradas bajo las nuevas prácticas que pretendían llevar *el progreso y la civilización*. El mundo *blanco* también se vio afectado por el contacto con el *Otro*, por medio de los productos *exóticos* que alteraron sus pautas de consumo, por otras formas de religiosidad y creencias, por la observación y la reflexión que dio lugar al surgimiento de nuevas disciplinas sociales y al estudio de la otredad desde un marco científico-académico. Sin embargo el impacto fue muy dispar en términos cuantitativos y cualitativos, modificando en prácticamente su totalidad a quienes vivían en los espacios colonizados, que no tuvieron posibilidad de decidir.

Muchos elementos del proceso iniciado a lo largo del siglo XIX y afianzado en su último cuarto continuaron hasta bien entrado el siglo XX, sin necesariamente revertirse tras el proceso de descolonización que tuvo lugar tras la Segunda Guerra Mundial. Como sostiene Wesseling para el caso africano, el periodo de colonización fue relativamente breve, pero las consecuencias de tal impacto siguen vivas hasta hoy, la historia actual del continente “ha sido creada por los europeos de entonces” (Wesseling, 2010, p. 23). La gran mayoría de estos territorios nació de su independencia envueltos en una pobreza abrumadora, en guerras intestinas (algunos de estos territorios no han logrado encontrar la paz desde entonces), abandonados a su suerte tras la transformación absoluta y abrupta que provocó la conquista de sus antiguas metrópolis. La división del mundo que ubica a unos pueblos como avanzados, civilizados, ricos por sobre otros atrasados, bárbaricos y (por eso mismo) pobres, sigue estando vigente hoy, quizás con más fuerza que entonces.

Para cerrar, nos parecen oportunas las palabras de Beckert (2017, p. 17-18):

En nuestro afán de fabricarnos un capitalismo más noble y más limpio también hemos preferido construir con excesiva frecuencia una historia del capitalismo despojada de las realidades de la esclavitud, la expropiación y el colonialismo.

A partir de lo visto hasta aquí, intentamos poner un poco el foco en la contracara del orgullo ante el progreso del que hacían gala las potencias imperiales durante la *Belle Époque*, que signó gran parte del período, y en el que –tras la fachada de bienestar– se cultivó silenciosamente el malestar y la crisis que llevarían a la explosión del mundo en 1914 y después.

## Referencias

- Adamovsky, E. (2020). *Historia de la Argentina*. Buenos Aires: Crítica.
- Beckert, S. (2016). *El Imperio del Algodón. Una historia global*. Barcelona: Crítica.
- Béjar, D. (2011). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Burke, P. (2005). *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2003). *La era del imperio*. Buenos Aires: Crítica.
- Hobsbawm, E. (1998). *Industria e imperio*. Buenos Aires: Ed. Planeta Argentina.
- Newsinger, J. (2002). Elgin en China. *New Left Review*, 15.
- Said, E. (2002). *Orientalismo*. Barcelona: Random House Mondadori S.A.
- Shaheen, J. (2003). Reel Bad Arabs: How Hollywood Vilifies a People. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Vol. 588, Islam: Enduring Myths and Changing Realities, 171-193.
- Traverso, E. (2002). *La violencia nazi. Una genealogía europea*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wesseling, H. L. (2010). *Divide y vencerás. El reparto de África, 1880-1914*. Barcelona: RBA Libros S.A.